

**Segundas Jornadas de Sociología - Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la
UNCuyo
Mendoza, 27 y 28 de agosto de 2015**

El lugar de las poblaciones migrantes en un nuevo orden global. Experiencias de vida y trabajo en el Valle Medio del río Negro.

Ana Ciarallo (GESA-FaDeCS-UNCo) anacia7@hotmail.com
María Reta (GESA-FaDeCS-UNCo) mariareta167@gmail.com

“Con muros y sin muros, el reordenamiento del mundo significa el reordenamiento poblacional del mundo”¹

Muros físicos, geopolíticos, jurídicos y simbólicos afectan el ordenamiento de la población mundial en la actualidad. Muros construidos, controles fronterizos, declaración de “ilegalidad” en el ámbito territorial de los estados-nación, negación de la alteridad de los y las migrantes en las sociedades de recepción, inclusión diferencial, ciudadanía restringida. Entre otras, estas problemáticas atraviesan en la actualidad al fenómeno migratorio. Intervienen -en interconexión- en la vida de los sujetos en el plano de sus relaciones económicas y sociales, en el marco de posibilidades dentro de su trayectoria migratoria, en su subjetividad, en las relaciones intersubjetivas en la sociedad de recepción, en sus expectativas, en su afectividad.

Los desplazamientos se dan como fenómenos sociohistóricos en el marco de las relaciones de poder actuales en el mundo capitalista. Los factores macro como los meso estructurales moldean las circulaciones territoriales contemporáneas de manera tal que las personas clasificadas como inmigrantes suelen articularse en ciertos mercados de trabajo segmentados por múltiples desigualdades. En esta ponencia nos proponemos analizar la construcción de un territorio hortícola y de un mercado laboral relacionado con la horticultura por parte de familias migrantes bolivianas en el Valle Medio del río Negro, desde la recuperación de experiencias de vida y de trabajo en un particular contexto de recepción. Desde nuestras aproximaciones al campo, enmarcamos sus decisiones y proyectos de partir o de quedarse desde una perspectiva situacional que da cuenta de las

¹ Barbero J. Martín (2006), La cultura hoy, interrogando la identidad, Medellín, conferencia <https://www.youtube.com/watch?v=KgKfomEDqFw>

interseccionalidades de diversas identidades y jerarquías relacionadas con los géneros, las generaciones, la etnicidad, la condición migratoria y la clase, en contextos de desigualdad.

1- Migración en clave decolonial y la globalización desigual

La movilidad de población se produce en el contexto de las relaciones de poder actuales en el mundo capitalista, adjetivado en la perspectiva decolonial como mundial, moderno, colonial y eurocentrado (Quijano, 2000). Una matriz del ser, del saber y del poder que opera como parte constitutiva de las configuraciones culturales de América Latina y el Caribe. La colonialidad, asoma en las distintas dimensiones de la vida material y subjetiva, y a escala social. De ahí que “en América la idea de “raza” fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones impuestas por la conquista” (Quijano, 2000:203) y de ahí en adelante la racialización –en sus distintas formas históricas en los estados-nación-, devino una de las formas de establecer la clasificación social. El componente racial- mejor dicho racializado- de sujetos sociales subalternizados y en gran número condenados a la pobreza, es una de las herencias coloniales presentes en el fenómeno migratorio en América Latina en nuestros días. Y más si pensamos en las migraciones de países limítrofes en nuestro país.

De ahí que, a la hora de pensar en una perspectiva latinoamericana en el análisis de las migraciones y desplazamientos, sea importante el aporte de la mirada decolonial. La lógica dominante que opera es la de un continente inferiorizado en el que se impone el poder de los países más fuertes en las relaciones de la economía política capitalista, o el de sus “tributarios y/o asociados dependientes de la Periferia Colonial” (Quijano, 2000:377). Es decir, la matriz colonial de poder y las formas de distribución mundial del trabajo se reproducen al interior del mundo colonial. De modo que hay una especie de constitución histórica en América de “centros coloniales” y “periferias coloniales”.

Para comprender la relación entre la fase actual del capitalismo y la movilidad poblacional, recuperamos la Teoría del Sistema Mundial sustentada por Immanuel Wallerstein (2006), perspectiva según la cual, la explicación de las migraciones internacionales no reside tanto en la demanda de mano de obra de las sociedades avanzadas, sino más bien en los desequilibrios generados por la penetración del capitalismo en los países menos desarrollados. Por lo tanto, las migraciones internacionales son parte constitutiva de la dependencia de los países periféricos en relación con los países centrales.

Desde la noción de un moderno sistema mundial compuesto por tres esferas: centro, periferia y semi-periferia, el núcleo central de la explicación de las migraciones transfronterizas habría que buscarlo en la extensión del modo de producción capitalista de los países del centro a los de la periferia, con la consiguiente incorporación de nuevas regiones a una economía mundial cada vez más unificada.

En la misma línea argumental, el *nuevo orden mundial* de la globalización desigual neoliberal es instaurado desde fines de los setenta bajo la dirección de las grandes corporaciones multinacionales, los gobiernos de los países más poderosos y los organismos internacionales de finanzas y comercio. En el juego de esta economía política destacan, por un lado, la internacionalización del capital (para reinsertar a países pobres que disponen de recursos naturales y humanos abundantes y baratos) y la financiarización (a través de estrategias especulativas de inversión). A estos aspectos hay que agregar la degradación ambiental (a partir de la cual los recursos naturales, de las grandes corporaciones) y la reestructuración de procesos de innovación (los avances tecnológicos en distintos campos responden a la necesidad de los inversores de obtener mayores ganancias). La precarización laboral opera como uno de los correlatos sociales del orden neoliberal. Costos laborales abaratados van de la mano de una sobreoferta masiva de fuerza de trabajo proveniente de los países periféricos de África, América Latina, Asia o del ex-bloque soviético.

En relación a esto, y parafraseando a Barbero en el epígrafe de nuestro trabajo, podemos decir que en las últimas décadas existe una nueva dinámica migratoria. Ante la falta de oportunidades ocupacionales, de la inestabilidad o la violencia políticas, varias zonas se constituyen como expulsoras de población, de sujetos que entran en los países de destino en condiciones de vulnerabilidad o de explotación. Esta migración reconfigura el mapa laboral del mundo con mayoritarios flujos sur-norte y sur-sur, además de un significativo contingente de migraciones internas.

2- Reordenamiento de la población mundial y perspectiva escalar

En el llamado no con asepsia *nuevo orden mundial* están permitidas la circulación de capitales, tecnologías, saberes y bienes con pocas o ninguna restricción, pero el *reordenamiento de la población mundial*- en términos de Barbero-, se da en el marco de la llamada “gestión global de las migraciones” (Agenda Internacional Gestión de las

Migraciones, Berna 2004). O para decirlo en pocos términos, se da como una forma de “gobernar la diferencia”, vigilándola, “sujetando” o “encauzando” -tal el término que usa la Agenda Internacional para la gestión de la migración- las disfunciones sociales que provoquen los desplazamientos de población. El término “régimen global de gestión de migración” puede significar un avance conceptual en términos de derechos y prácticas efectivas, pero sigue comportando cierto sostén coercitivo.

El término “gestión” aplicado a las poblaciones, pareciera aludir a una virtual defensa ante los “riesgos” a los que están sometidos los estados-nación en tanto receptores de población. En tal sentido, debemos advertir que se trata de una construcción social del riesgo (Avila Cantos, 2012), en la que operan -además de situaciones conflictivas reales-, señales de alarma respecto de los actores sociales. El migrante o sus familiares, son muchas veces a los ojos del “nativo” potenciales peligros. De modo que se haga necesario vigilar y monitorear el devenir social. Ese tipo de narrativas no operan exclusivamente en organismos gubernamentales o en ciertas organizaciones de la “sociedad civil”, sino que son reproducidas en la representación del migrante en los medios, en las acciones cotidianas de convivencia en escuelas, universidades, hospitales, en la calle, en los “nichos” de trabajo reservados al migrante. El migrante constituye así una categoría que es necesario clasificar a fin de contener. Gran parte de la población -por ejemplo- elabora una aceptación parcial del migrante a partir de una visión marcadamente utilitarista de su presencia, que es leída en términos de costos y beneficios para la economía del país, en tanto el migrante no es más que un trabajador. Esta aproximación es resultado de una inspiración neoliberal constitutiva de la *governabilidad migratoria*. Sin embargo, las migraciones actuales son mucho más que migraciones laborales. El migrante pone mucho más en juego que su papel de actor económico de la economía global.

Por otro lado, si solamente se piensa el control migratorio mediante la imagen del muro -en particular, en las fronteras-, una imagen paradigmática de la “securitización” y la “criminalización”, son invisibilizados los instrumentos o dispositivos de control y de “fronterización” que se despliegan en la vida cotidiana. En este sentido, también parece sumamente relevante colocar la mirada en la “localidad”. Es allí donde se juegan otras lógicas de control, de gobierno de la migración.

Si se piensa en las fronteras físicas, los movimientos de capitales, símbolos, informaciones aparentan sobreponerlas. En la movilidad de personas, sin embargo, solo algunos tienen derecho a trasponerlas -migraciones “cualificadas”- (Domenech, 2005). En otros casos, el objetivo no es cerrar herméticamente las fronteras de los países receptores, sino establecer un sistema de diques para producir, en última instancia, un proceso activo de inclusión del trabajo migrante a través de su ilegalización. Podría decirse que el migrante “clandestino” o “irregular” es la figura sobre la cual se apoya en no pocos casos la “flexibilidad” del trabajo. Es claro que la gestión de los regímenes migratorios contemporáneos no se orienta absolutamente hacia la *exclusión* de los migrantes. Los migrantes “irregulares” o los “regulares” recién llegados se constituyen en sujetos que son al mismo tiempo incluidos y excluidos, que ocupan un límite difuso entre el adentro y el afuera, entre la inclusión y la exclusión. “Esto conlleva - en términos de Mezzadra -, un proceso de *inclusión diferencial*, en el que la irregularidad aparece como una condición producida y como un aspecto clave en la política de movilidad” (Mezzadra, 2012:171).

Sintetizando las reflexiones expresadas hasta aquí, podría reformularse la afirmación de Jesús Martín Barbero que da comienzo a este trabajo como una serie de interrogaciones. Si hay un nuevo orden global, ¿por qué no admitir la legitimidad de un nuevo ordenamiento de la población mundial?, ¿cómo desoir las manifestaciones de ese nuevo ordenamiento de la población mundial al que asistimos en la actualidad? , ¿cómo no ser críticos de la mezquina naturalización de la circulación de mercancías, capitales, tecnologías, informaciones?, ¿cómo no advertir la necesidad de naturalizar del mismo modo la circulación de las personas? ¿cómo no poner en discusión, en definitiva, la “gestión global de las migraciones”?

Ensayando respuestas estaríamos proponiendo una lectura del tema de la movilidad humana desde una perspectiva macro. Y sin duda es un análisis necesario. Pero es imposible comprender el fenómeno de las migraciones y los desplazamientos si no se piensa en un “reposicionamiento escalar de las localidades” (Glick Schiller, 2011) que entran en juego en la reestructuración continua del capitalismo global. Lo local, nacional, regional y mundial derivan del interjuego de la economía política, de modo que “los factores mundiales y locales que determinan las condiciones de la migración y la radicación

se constituyen mutuamente a medida que las personas responden, moldean y desafían las múltiples redes de poder cultural, político y económico” (Glick Schiller, 2011: 34).

En tal sentido, el aporte del trabajo etnográfico a partir de localidades específicas permite entender cómo lo global, lo nacional, lo regional y lo local son construidos en el terreno a través de redes de relaciones sociales desiguales. Pensar, por lo tanto, a los migrantes no sólo en términos de comunidades étnicas o transnacionales, sino como protagonistas activos y parte constitutiva de los tejidos sociales que se conforman en su localidad tanto la de origen como aquellas donde transitan y se radican. Examinar cómo sus trayectorias de vida e identidades son moldeadas por y modelan localidades específicas, en el contexto de transformaciones que ocurren a través del tiempo. La perspectiva escalar, que va desde lo global hasta el sujeto en direcciones de ida y vuelta y con caminos que no son lineales sino interseccionales, permite, por tanto, dimensionar el papel activo de los sujetos migrantes cuyas relaciones sociales constituyen campos de poder desigual en el ámbito de los procesos capitalistas que se despliegan en el mundo.²

En torno a la especificidad del fenómeno migratorio en América Latina, es necesario también repasar cómo se ha problematizado el concepto de estado-nación. En las perspectivas tradicionales respecto de los procesos migratorios, la ciudad y el estado-nación eran pensados como *contenedores* de la población que se desplazaba. Ambas entidades han perdido omnipresencia sobre el actor migrante y no resultan suficientes para pensar su subjetividad, sus sociabilidades, ni sus estrategias organizacionales o contenciosas. En muchas oportunidades, ciudad y estado pasan de ser un lugar en el mundo a ser un lugar de paso, en un territorio de una movilidad humana que se caracteriza por los constantes desplazamientos. Así es como se ha producido un corrimiento de cierto nacionalismo por el que el estado-nación contenía, asimilaba o integraba al sujeto migrante a un modelo monocultural homogéneo hacia una perspectiva en las que interactúan dimensiones que van desde lo global hasta el sujeto. Desde esta visión puede evitarse el nacionalismo metodológico, sin descartar la importancia del estado y la nación. Porque sin duda, en el marco de la *governabilidad migratoria*, postura a la que adhieren la mayoría de

² Bela Feldman-Bianco en Seminario “Globalización, Estado y migraciones transnacionales. Perspectivas latinoamericanas”, Red CLACSO de posgrados en ciencias sociales del GT Migraciones, Cultura y Política,

los países latinoamericanos, aunque sea en su “control con rostro humano” (Domenech, 2013), el estado como gestor de las políticas migratorias cobra protagonismo.

3- Las redes sociales en la imbricación entre lo global y lo local

Los enfoques sociológicos de las migraciones intentan superar las explicaciones economicistas o estructurales para responder a las preguntas sobre por qué la gente migra o por qué emigran algunos y otros no. Estos interrogantes pueden contestarse conectando las condiciones macro con las circunstancias personales, familiares y de entorno de los potenciales migrantes, y estas conexiones se producen a través de redes de diversos tipos. Intentando superar visiones dicotómicas, puede sostenerse que los migrantes se encuentran situados en campos sociales en múltiples grados y lugares, que abarcan a quienes se trasladan y a los que se quedan, y estos campos son concebidos como un conjunto de redes entrelazadas de relaciones sociales, a través de las cuales se intercambian -de manera desigual- se organizan y se transforman las ideas, las prácticas y los recursos; son multidimensionales y engloban interacciones estructuradas de diferentes formas, profundidades y alcances (Levitt y Glick Schiller, 2007) .

El estudio de lo global no se limita a aquellos fenómenos que se dan de manera explícita en escala global, sino que es necesario considerar un análisis de las prácticas y de las condiciones locales que se articulan con la dinámica global (Sassen, 2007). Por lo tanto, el lugar geográfico desempeña un papel importante en el desarrollo del espacio social transnacional puesto que es allí donde se originan una serie de prácticas y relaciones cotidianas que dan origen a ese espacio. Herrera Lima (2005) ofrece una interesante síntesis al considerar a los espacios sociales transnacionales como configuraciones de prácticas sociales, artefactos y sistemas simbólicos que se extienden sobre diferentes espacios geográficos de al menos dos estados-nación, sin constituir un nuevo estado-nación desterritorializado o la prolongación de uno de los estados-nación involucrados.

En el contexto de la investigación que estamos realizando, haremos foco en las celebraciones culturales y religiosas en las que participamos en carácter de observadoras en agosto de 2013 para intentar mostrar la formación de un espacio social transnacional, las relaciones que se configuran en él, así como las prácticas emergentes.

Agosto es un mes de intensa actividad para las familias horticultoras de los valles patagónicos. Es el momento del año en que el agua empieza a circular por los canales de

riego, preanunciando el inicio de una nueva temporada agrícola. Ese año se celebraron en forma conjunta la independencia de Bolivia (6 de agosto) y la Virgen de Urkupiña (15 de agosto). En el marco de los festejos, durante un fin de semana se disputó el Torneo de Fútbol y el sábado por la noche el Festival de Saya en la localidad de Chimpay; mientras que la celebración de la Virgen de Urkupiña se concentró en Luis Beltrán, a 80 kilómetros de la localidad anterior. Las familias que organizaron esta celebración pertenecen a los grupos de más antiguo asentamiento en la región, las cuales, luego de haber transitado por diversas regiones del país, han acumulado suficiente capital económico, social y simbólico para constituirse como productores autónomos. La ceremonia religiosa se desarrolló en dos momentos: el primero en la parroquia católica del pueblo, lugar en el cual se expresaron las marcas de la diferenciación social durante la misa, al quedar separados por una línea invisible los feligreses “blancos y europeos” de los bolivianos “cobrizos e indígenas”. Posteriormente, la imagen de la virgen fue trasladada en procesión al predio de la colectividad, donde las mujeres habían levantado un altar ornamentado con arcos y flores. Sin duda, esta marcha a lo largo de veinte cuadras constituyó -para los vecinos que se asomaban desde sus casas- un tipo de fenómeno y de comportamientos novedosos, al mostrar a estos nuevos extranjeros en las calles, visibilizando aquello que habitualmente permanece oculto en medio de las chacras.

Una vez arribados al territorio simbólico construido por estos migrantes, el clima emocional se fue transformando. La imagen de la virgen quedó depositada en un pequeño altar dentro del predio de la colectividad, rodeada de velas encendidas, mientras el ambiente se iba inundando de humo de incienso y las mujeres mayores entonaban cantos en idioma quechua.

En la parte exterior del terreno, los jóvenes seguían jugando al fútbol, indiferentes a la solemnidad del ritual. Grupos de hombres de varias localidades cercanas conversaban sobre el valor del alquiler de la tierra para esta temporada, e intercambiaban información relacionada con la conveniencia de sembrar cebolla o priorizar el tomate durante la inminente temporada. Mientras tanto, las mujeres fueron acomodando ollas y fuentes con comidas especiales para la ocasión: sopa de maní, chicharrones, locro boliviano.

La fiesta materializa el rito de reunificación de familiares dispersos en otras regiones del país, y que -habiendo dejado temporariamente su trabajo en la construcción,

en la elaboración de ladrillos o en el comercio- permanecen durante algunos días para ayudar en la preparación de la tierra y en la dura tarea del trasplante de plantines, “porque si tenemos que contratar gente, no nos da”. Regresarán al valle en enero o febrero, cuando a través de una llamada al teléfono celular, se los requiera para la cosecha. También hay otros grupos, más alejados del ruido. Son primos, tíos, vecinos que llegan por primera vez de alguna región de Bolivia “a trabajar como *centajeros* con un paisano, a probar suerte, en una de esas no’ quedamo’, o no’ regresamo’”.

Esta mirada sobre las migraciones “desde abajo” permite poner la atención en diversos anclajes territoriales en los que se desarrolla la vida de las personas involucradas en procesos migratorios así como en las formas en que se mantienen los contactos e intercambios a través de los cuales permanecen unidos de manera densa, continua y prolongada. También posibilita ver el proceso desde una imagen dinámica de la sociedad en la que el espacio es visto como algo creado por la disposición interrelacionada de las cosas y no como algo externo a ellas, que las contiene y limita.

La posesión o el dominio de fuentes de reproducción social como la tierra o la correlación entre los valores autoatribuidos a un grupo social y a la reproducción de un ambiente local suscita, por oposición, la construcción de identidades territoriales de resistencia. Este tipo de identidades es movilizadas por grupos que, conscientes de su situación de exclusión a la que están sometidos, pasan a hacer referencia al territorio como fuente de significado. El migrante hace uso con frecuencia de un arsenal de múltiples identidades para hacer valer sus intereses, aún de sus identidades territoriales (Haesbaert y Santa Bárbara, 2001:50). En consecuencia, en los procesos de territorialización que van conformando los y las migrantes en el espacio valletano, se apropian concreta y simbólicamente de un modo de transitar, de producir, de trabajar, de organizarse y de vincularse con la población local. Crean, asimismo, mediaciones espaciales que proporcionan efectivo poder sobre su reproducción como grupos sociales. Ese poder es siempre multiescalar y multidimensional, material e inmaterial, de dominación y apropiación al mismo tiempo.

Así como la modernidad está marcada por el sedentarismo y el nómada es una figura amenazadora que rompe con un modelo de vida previsible, estos sujetos migrantes construyen su territorialidad en la propia movilidad espacial. En consecuencia, la

territorialización engloba al mismo tiempo aquello que es fijo –enraizamiento- y aquello que es movilidad, en otras palabras, incluye tanto los itinerarios como los lugares. Controlar el espacio indispensable para la reproducción social no significa solo controlar áreas o definir fronteras, sino sobre todo vivir en redes, donde las propias identificaciones y referencias espaciales y simbólicas están hechas no solo en el enraizamiento y en la siempre relativa estabilidad, sino en la propia movilidad. Así, territorializarse significa también hoy construir y/o controlar flujos o redes y crear referencias simbólicas en un espacio en movimiento (Haesbaert, 2004:280).

Como se dijo, el tipo de flujo migratorio que está cobrando importancia creciente escapa a la representación de los estados nacionales como contenedores. Los flujos se presentan como un constante ir y venir de personas entre algún punto de su tierra de origen u otro/s de destino, creando de esta manera, una nueva forma de espacio social que posee al menos dos asentamientos territoriales, ubicado cada uno de ellos en cada uno de los dos países involucrados. Pero entre ambas localizaciones territoriales se teje, expande y densifica una extensa red de relaciones sociales que sirve como sustento para el desarrollo de una base material infraestructural, de un conjunto de instituciones sociales relacionadas con la economía, con la política, con la cultura y también, de un conjunto de procesos intersubjetivos -culturales, identitarios que traspasan y trasvasan las fronteras nacionales y mantienen en permanente vinculación a las diversas localizaciones territoriales en las que se asientan los migrantes (Pries, citado por Herrera Lima, 2005: 49-50).

Los migrantes laborales no consiguen trabajo en cualquier lugar, sino en los mercados de trabajo para inmigrantes, o parafraseando a Bourdieu (2013), podemos decir que no es el trabajador quien elige el trabajo, sino el trabajo el que elige al trabajador. En este sentido, los mercados de trabajo segmentados destinados a inmigrantes recientes se caracterizan por la informalidad y las precarias condiciones de vida y de trabajo y se organizan en base a múltiples estructuras de segregación que generan situaciones claramente diferenciales para distintos grupos sociales en función de la nacionalidad, la etnia, el género e incluso la edad.

La articulación entre la perspectiva segregacionista y los procesos migratorios laborales transnacionalizados da lugar al análisis de los nuevos escenarios en los que se estructuran las trayectorias laborales y migratorias de los trabajadores. En Argentina, los

migrantes limítrofes han tenido una inserción marginal en el mercado de trabajo, una modalidad que ha persistido y que fue consolidando un patrón de inserción segmentada que permitió su refugio en determinados sectores (Maguid, citado por Benencia y Quaranta, 2006).

La combinación de características étnicas atribuidas y autoatribuidas, y el proceso de conformación de un mercado de oferta y demanda de mano de obra flexible e informal contribuyen a conformar lo que se denomina “economías étnicas” y también “enclaves étnicos” (Portes, 2006; Arjona y Checa Olmos, 2006). Estas nociones abarcan la complejidad de los fenómenos actuales de las migraciones laborales y muestran que ha persistido y se fue consolidando, a lo largo del tiempo, un patrón de inserción segmentada que permitió el resguardo de los migrantes en determinados sectores de la economía al proporcionarles un nicho de oportunidades para hacer una carrera laboral con movilidad. En el área del enclave se moviliza una solidaridad étnica, a la vez que se produce una revitalización identitaria y un resurgir del grupo étnico que se va a beneficiar de la expansión económica de los emprendedores, aunque esto suponga la aceptación de condiciones de trabajo degradadas para los eslabones más débiles de la red.

En consonancia con lo expresado en el párrafo anterior, sostenemos que el mercado de trabajo en la horticultura tal como lo organizan los migrantes -y en este particular contexto-, constituye un campo social en el que cobran valor determinados capitales. Los migrantes bolivianos encontraron un nicho vacío en el Valle Medio del río Negro en lo concerniente a la producción hortícola para el mercado local, situación que posibilitó la emergencia de una economía étnica, un mercado laboral segmentado y segregado por nacionalidad. En la actualidad, la actividad hortícola se asocia indefectiblemente con “ser boliviano. En un contexto sociocultural adverso, el enclave es un facilitador que posibilita la emergencia y expansión de trabajadores migrantes en situaciones de gran vulnerabilidad. A lo largo de una década, estas redes de migrantes han logrado institucionalizar un proceso de movilidad social dentro de esa economía étnica que ya es autosustentable. Sin embargo, esta capacidad no sería eficaz sin la construcción de lazos estratégicos con otros actores que se encuentran por fuera de la red étnica, conformados por los propietarios de la tierra, organismos del Estado, agentes comercializadores y proveedores de insumos.

4- Migrantes en Valle Medio y construcción de un territorio hortícola

Desde hace dos décadas, familias migrantes bolivianas están construyendo un territorio hortícola en el Valle Medio del río Negro. Haciendo uso de la movilidad como un recurso constitutivo de sus estrategias de reproducción social, estos agentes despliegan novedosos dispositivos productivos y laborales en el cultivo de especies hortícolas destinadas a la exportación, a la industria procesadora o al consumo interno. Los procesos que se están manifestando en esta región forman parte de lo que Benencia definió como “bolivianización de la horticultura” en diferentes cinturones hortícolas de la Argentina. Si bien este flujo migratorio está moldeado por factores macroestructurales, en este espacio social, la especificidad territorial crea significados particulares que permiten afirmar que “es lo local lo que termina acotando lo transnacional” (Benencia, 2006: 163).

Partimos de la hipótesis que el persistente proceso de reestructuración productiva de la fruticultura local, que derivó en el debilitamiento y -en muchos casos- en la desaparición de productores familiares como sujetos productivos, constituye parte del contexto de oportunidades para la (re)construcción de un territorio hortícola de características transnacionales. Aun considerando la heterogeneidad de situaciones presentes en los migrantes bolivianos que se asientan en las localidades del Valle Medio, puede afirmarse que -en su gran mayoría- producen en tierras que no son de su propiedad. Las modalidades más comunes son los arrendamientos formales e informales en chacras que en un pasado reciente estaban destinadas a los cultivos frutícolas. Estas formas de alquiler de sus predios es para los chacareros familiares una modalidad de generar ingresos sin tener que desprenderse de su patrimonio.

En la práctica actual de la horticultura en el Valle Medio del río Negro se visualiza una característica central de la globalización: la reestructuración de la relación entre espacio social y espacio geográfico. El dinámico desarrollo de la horticultura por parte de migrantes bolivianos en este valle es consecuencia de una combinación de diversos elementos tales como la apropiación de un espacio físico, el despliegue de una capacidad diferencial respecto de otros actores locales y el uso del territorio en un momento histórico determinado. Así, el territorio hortícola va adquiriendo una identidad específica que permite ser reconocible por quienes transitan o residen en las zonas rurales. La configuración de este espacio social solo fue posible en la medida que se fueron desarrollando una serie de prácticas productivas, laborales e identitarias que les ha

permitido a los migrantes fronterizos mantener un vínculo entre ambos lugares –el de origen y el de destino- pero que además producen relaciones nuevas que se incorporan como base de futuras prácticas.

El área denominada Valle Medio está localizada en la cuenca media del río Negro, en el departamento Avellaneda, provincia de Río Negro, en el norte de la Patagonia argentina. La región abarca aproximadamente unos 2000 kilómetros cuadrados. Presenta dos subsectores de características productivas bien diferentes. Uno de ellos, el área irrigada, se desarrolla sobre la margen izquierda del río Negro y registra una intensa actividad agrícola bajo riego, donde en los últimos años se advierte una importante expansión de la fruticultura para exportación y la horticultura. El otro sector corresponde a un área de secano destinada a la cría de ganado vacuno y lanar (Kloster, Steimbregger, 2001).

Los principales cultivos hortícolas en la región son el tomate y la cebolla, en menor medida la producción de papa destinada a la industria procesadora y el zapallo anko. En los últimos años se ha intensificado la producción de semillas hortícolas para exportación, y también se evidencia un aumento de la producción de verduras para el consumo en fresco. El Valle Medio es el tercer productor nacional de tomate para industria, con un volumen estimado en cien mil toneladas para la industria procesadora cada temporada, en una superficie de dos mil hectáreas de tierra. La localidad de Lamarque es el centro tomatero por excelencia, pero por falta de tierras, otras localidades han experimentado una expansión notable. Tal el caso de Luis Beltrán, Pomona, Chimpay y Belisle.

Las restricciones que plantea la actividad hortícola en la etapa actual, replican algunas de los problemas que se presentaron en la década del setenta. Los conflictos más frecuentes devienen de las profundas desigualdades de inserción en la cadena por parte de los empresarios de la industria y de los productores primarios, así como de las oscilaciones del mercado interno y externo que el productor primario no puede controlar dado que suele carecer de información estratégica. El horticultor produce en la tierra, y delega en el eslabón industrial el procesamiento y distribución. Ello plantea una relación asimétrica que se refleja en las condiciones de la fijación de precios y de pago, como también en las exigencias de calidad, y en los mecanismos de provisión de insumos básicos, en una típica relación de agricultura de contrato (Bendini, 2005).

En los últimos años se fue agudizando el proceso de concentración de las plantas procesadoras de tomate que controlan la producción de un número aproximado de cuarenta productores primarios de diferentes rangos: pequeños entre 10 y 25 hectáreas; medianos de 30 a 60 hectáreas y grandes que manejan entre 80 y 120 hectáreas. Los productores tomateros firman acuerdos con las empresas, que los vincula por un período de cinco años, pero la procesadora decide la vigencia de dicho contrato cada temporada. Los productores ponen sus bienes en garantía –camionetas, tractores y otras maquinarias- se pacta un precio en el invierno para cobrar después de la cosecha en el mes de marzo o abril del año siguiente, asumiendo los productores primarios los riesgos por factores climáticos o sanitarios. Las empresas también tienen el control del traslado del tomate desde las chacras a las plantas elaboradoras, por lo tanto regulan la relación entre oferta y demanda a través del flete, “cuando las procesadoras están saturadas, solo pasan a retirar el tomate hasta asegurarse de cubrir el adelanto que les dieron” (entrevista a técnico de Cámara de Productores, 2013).

Las empresas procesadoras entregan a los productores un “paquete tecnológico” a lo largo del proceso productivo que incluye los plantines, fertilizantes y plaguicidas, además de monitoreo técnico. En algunos casos, además las empresas los vinculan con propietarios de chacras y campos para acceder a la tierra de arriendo. “Son contratos leoninos” los que establecen entre procesadoras y productores primarios, dice el profesional que asesora a la Cámara de Productores del Valle Medio, pero “viendo el lado bueno: muchos productores vienen con una mano atrás y otra adelante, fue una salida para gente que venía sin nada, no hay otra salida para producir” (entrevista a técnico de Cámara de Productores, 2013).

Las complejas prácticas de estas familias migrantes reconstruyen de manera continua las herencias y crean novedad (Le Gall, 2013) quizás influenciados por su condición migrante. Así, en los territorios hortícolas que van construyendo al transcurrir y al asentarse, los migrantes aportan sus prácticas, sus competencias y reciben las de la sociedad receptora. Aun los que hacen cultivos intensivos para la industria, en “una esquinita hacen la huerta”. Las mujeres son quienes se dedican a la huerta, a veces acompañadas por sus hijos. También son las que se vinculan con los programas de asistencia y organización que les permiten comercializar sus productos en las ferias de la región. Aunque son las protagonistas de la producción y comercialización de las verduras

para la venta en el mercado interno, hemos observado cómo sus esposos las ayudan a cargar los cajones en las camionetas –que en general son conducidas por los hombres- las trasladan hasta los lugares de las ferias, les ayudan a acondicionar los puestos de venta y luego las van a buscar cuando finaliza el horario de atención.

A pesar de la modernización tecnológica que se evidencia en la etapa actual de la horticultura regional, manifestada en el aumento y generalización de la mecanización de tareas, la agricultura en estos espacios productivos sigue siendo intensiva en el uso de mano de obra. Por eso es un importante factor en la creación de empleo estableciendo relaciones laborales de tipo eventual, con predominio de trabajo sumergido o informal. Los migrantes –tanto internos como transfronterizos- al absorber los costos de la informalización, forman parte de un circuito de producción y distribución de bienes y servicios con mayor flexibilidad y a menores costos.

En esta fase de movilidad del capital a través de cadenas globales y de movilidad del trabajo, el territorio cumple una función estratégica, en tanto genera una estructura de oportunidades que establecen conexiones con las redes migratorias, ya sean internas o transnacionales. La expansión y reestructuración en las cadenas productivas, con los consiguientes cambios en la organización del trabajo, también introdujeron cambios en las estrategias migratorias de los trabajadores y de sus familias. Los patrones tradicionales de movilidad de tipo pendular, que vinculaban los lugares de origen con los espacios donde se generaba la demanda de trabajo, van dando lugar a otras formas de circular en busca de oportunidades laborales en los enclaves productivos. En el trabajo de campo, David, un migrante boliviano asentado desde hace varias décadas en el denominado “barrio de los bolivianos” en la localidad de Lamarque, nos relata desde su vivencia la modalidad predominante de movilidad de tipo pendular: “...venía al Valle Medio con un tío desde los 15 años, venían por la moneda, trabajaban aquí un mes y allá tenían para vivir un año. Mis tíos venían a la zafra y después se enteraron que en Río Negro con el tomate se ganaba bien. Los primeros viajes eran en tren desde la Quiaca hasta Darwin, después en colectivo” (entrevista realizada en octubre 2013).

En la actualidad, las necesidades de mano de obra de una agricultura cada vez más intensiva, están dando paso a la circulación de trabajadores por varios espacios productivos. Encontramos así, desplazamientos múltiples y nuevas maneras de ocupación del espacio

rural (Lara, 2006) que convierten a los ámbitos rurales en territorios circulatorios (Tarrius, 2000; Faret, 2010). En este escenario, cobran especial valor las redes de reclutamiento de mano de obra, que hacen del trabajador eventual y migrante, una figura laboral esencial, tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo por la capacidad de disponibilidad y adaptabilidad a las normas laborales regidas por la discontinuidad temporal y las demandas del mercado (Moraes, 2010:147).

La noción de territorios circulatorios ofrece la oportunidad para observar de manera diferente los procesos de movilidad, al incorporar las relaciones, los vínculos y las prácticas del “saber circular” como parte de las estrategias de reproducción social de los trabajadores. Los trabajadores agrícolas van circulando por diferentes lugares, siguiendo las trayectorias de las cosechas de diferentes cultivos a lo largo y ancho del país, pero cada vez más, en movimientos que conectan distintos lugares, construyendo circuitos que pueden calificarse de “circulares”.

La creciente etnosegmentación de los mercados de trabajo agrícolas se manifiesta en diversas formas de segregación, vulnerabilidad social y precarización de las condiciones de vida y de trabajo de los migrantes. Andrés Pedreño (2010:11) introduce el concepto de “condición inmigrante” para referirse a la particular configuración modelada por la inserción de los inmigrantes extranjeros en la estructura social de las regiones receptoras, quienes han venido a satisfacer las necesidades expansivas de trabajo en sectores de la economía de alto dinamismo. Cada vez más, la competitividad de los enclaves de la agricultura intensiva depende de la disponibilidad de fuerza de trabajo flexible y móvil, de la producción y de la reproducción de sujetos sociales vulnerables que se muestren disponibles para ocupar puestos en un mercado cada vez más precarizado (Lara, 2010).

En el marco de la actual etapa del capitalismo que caracterizamos en la primera parte de la ponencia, los migrantes laborales se articulan en mercados de trabajo segmentados por clase, etnia, género, nacionalidad y condición migratoria. Se produce así una forma particular de configuración del mercado laboral que asigna a ciertos trabajadores a las posiciones más precarias y vulnerables por el hecho que compartirían un conjunto de características debidas a su nacionalidad y su condición étnica (Pizarro, 2012). Debido a que las estructuras de opresión son múltiples y simultáneas, las posiciones heterogéneas de las personas que circulan son producidas por la intersección de desigualdades. Tal como lo

plantea Anthias (2001), las desigualdades de clase, etnia/raza y género no son aditivas sino que se multiplican, se intersectan.

5- Vínculos y representaciones en la sociedad de recepción

Si bien la circulación y la instalación de familias migrantes en las localidades del Valle Medio, y más aún de hombres solos migrantes, crea malestar en los habitantes de los pueblos y en algunos sectores de funcionarios porque resultan “peligrosos” o “extraños”, su presencia resulta imprescindible y funcional a las empresas productoras y procesadoras. Su carácter de trabajadores informales los posiciona como mano de obra disponible, sin que los empresarios tengan que asumir los gastos de reproducción social, tampoco las cargas sociales propias de un trabajador en relación de dependencia.

En relación a los modos de representación de estos migrantes en la sociedad de recepción, no es en vano decir algo obvio: las narrativas creadas acerca del otro siempre son localizadas y la alteridad es una construcción social que se constituye a partir de procesos de identificación/diferenciación. Por eso, las percepciones de la alteridad – las más de las veces racializadas y cristalizadoras de la desigualdad social- llevan a la construcción de un otro migrante, que en nuestro caso es el “boliviano”, como en otros puede ser el “extranjero”, “cholo”, “mojado”, “aterizado del interior”, “villero”. Un Otro que pertenece a territorios y culturas otras del que enuncia o percibe. Y como categoría expresa más la segregación que su reconocimiento, la apuesta social por una jerarquización de los grupos más que por la defensa de la igualdad. Esa percepción del Otro migrante, la mayoría de las veces es funcional a prácticas e ideologías sobre las que es preciso esclarecer y denunciar porque son portadoras de prácticas y símbolos discriminatorios. Expresiones, en todo caso, de prejuicios y estereotipos que esencializan a determinados grupos de acuerdo a viejos modos de clasificación racista -de matriz colonial- y que hacen pie en diferencias nacionales, culturales, o en caracteres físicos. Estigmatizaciones que en general infravaloran todo aquello relacionado con lo nativo y lo latinoamericano.

La imagen del migrante se articula no sólo sobre la percepción grupal del Otro como diferente, sino sobre la adscripción de atributos, actitudes y rasgos ligados a imágenes desvalorizantes o utilitaristas. Así, el abordaje de las representaciones sociales en torno a las/los migrantes revela la manera en que la discriminación hacia las personas provenientes de países latinoamericanos alcanza distintas manifestaciones. Gran parte de

aquellas personas que se vieron forzadas a migrar por estar inmersas en situaciones de exclusión, en la Argentina son revictimizadas, infravaloradas y condenadas a realizar trabajos de menor cualificación, incluso en muchos casos en condiciones de explotación.

Podríamos decir que funcionan xenofobias ocultas que no sólo operan en el caso de la población migrante más desfavorecida. También en los casos en los que se ha producido una movilidad económica ascendente, ésta no se traduce en general en movilidad social debido a la persistencia de los estigmas étnicos, identitarios y/o culturales. Como en muchas otras regiones de Argentina, en las ciudades y áreas rurales del norte de la Patagonia, la población migrante es portadora de esos estigmas.

Por un lado, la producción de contenidos discursivos de los “nativos” referidos a la naturalización de su resistencia al trabajo y la baja conflictividad, hacen que la condición de ser familias bolivianas represente una carta de presentación positiva para ser aceptadas como arrendatarias en las propiedades de chacareros tradicionales productores de manzanas y peras. No obstante, el “éxito” relativo de estos nuevos migrantes resulta difícil de ser aceptado por actores sociales que tienen un lugar mítico en la historia regional, pero un futuro incierto y amenazado por las reglas de juego que imponen las condiciones globalizadas de la producción frutícola.

Aun cuando algunos migrantes han logrado cierta movilidad socio-económica, se les suele asignar posiciones etnicizadas y racializadas en las estructuras de clasificación de la Otreidad. En consecuencia, una fracción de clase no se define solo por su posición en las relaciones de producción, sino también por un conjunto de características que pueden funcionar como principios de selección o de exclusión reales, sin estar formalmente enunciadas. Por ejemplo, el caso de la pertenencia étnica o de género, que a menudo se encuentran en la base de su valor social como prestigio o descrédito y que funcionan como exigencias tácitas. En síntesis, las estructuras objetivas son centrales en la organización del mundo social, pero también se deben tener en cuenta las percepciones, las representaciones y las visiones que tienen los agentes de ese mundo y por los cuales resisten y se movilizan.

En el actual contexto político, el Estado asume la responsabilidad de desarticular imaginarios discriminatorios mediante la sanción de la Ley Nacional de Migración (Ley N°25.871) que tutela las garantías elementales a los residentes de nuestro país, generando un piso mínimo de ciudadanía y desalentando la exclusión en torno al “extranjero”. Pero la

ley no puede regular prácticas e imaginarios arraigados. Tal vez porque es la movilidad social la que molesta, y no sólo la física.

Las migraciones reflejan el intento o la consecución de ambas movibilidades que no siempre estamos dispuestos a aceptar. Porque migrar es moverse de lugar e intentar moverse de estatus, de clase, de situación. Es un empuje hacia arriba de muchas aspiraciones a tomar parte de un beneficio cuyo debate no queremos considerar por la persistencia de imaginarios estigmatizantes que imputan a la alteridad miedos y peligros o por temor a que no haya para todos. Son, en definitiva, aspiraciones de igualdad contrarias a la asimetría del poder.

Caggiano (2008) identifica diversas formas de jerarquización social de exclusión y rechazo del Otro que pueden manifestarse en tres dimensiones: como mecanismos de racismo, como fundamentalismo cultural o como restricción de la ciudadanía. La persistencia de la racialización se construye como proceso cognitivo y valorativo sostenido y sostenedor de relaciones de poder en base al “dato biológico”. Por otra parte, en las teorías primordialistas de etnicidad, la esencialización de la cultura también opera como un determinismo legitimador de desigualdades sociales al segregar espacialmente las culturas y legitimar la exclusión de los extranjeros desde la línea argumental del *habitus* nacional.

La cuestión que interesa poner de relieve, refiere a la elucidación del “umbral de tolerancia” de los locales hacia los migrantes en la construcción de un territorio hortícola, tal como lo vienen desarrollando las familias bolivianas en los valles de Río Negro en los últimos años. Resulta significativo destacar que la presencia de estos migrantes en la región no generó reacciones xenófobas explícitas por parte de actores y organizaciones locales en la medida que estos nuevos sujetos permanecían invisibilizados en el interior de las chacras, dedicados exclusivamente a la producción de hortalizas. En la medida que fueron adquiriendo “una presencia” (Sassen, 2007) en el segmento de la comercialización hortícola, que además contó con el apoyo de instituciones a nivel nacional, provincial y municipal, comenzaron a manifestarse voces de malestar en sectores hegemónicos a través de sus representaciones organizacionales.

Hasta hace pocos años, la inclusión de los migrantes bolivianos en programas de asistencia técnica del sector público estaba en el terreno de “lo no pensable” en la región. En la medida que estos agentes fueron ocupando un espacio central en el nicho de la

horticultura local, empezaron a tener visibilidad para los actores tradicionales, tanto productivos como institucionales. Así, en un período muy corto de tiempo, estos agentes empiezan a ocupar un lugar en el campo de tensiones entre las organizaciones intervinientes en la asistencia técnica, en tanto estas también son atravesadas por la necesidad de desarrollar una construcción discursiva y de prácticas que ponen a prueba sus saberes previos.

A partir de su participación en redes de intercambio de reciprocidad indirecta especializada con organismos estatales –municipios, INTA, Ministerio de la Producción de la Provincia de Río Negro- los productores bolivianos han acumulado cierto capital simbólico y un capital social colectivo institucionalizado como “asociación”, figura legal que los habilita a peticionar y a canalizar recursos (Gutiérrez, 2005: 229). Así, en un proceso de negociación -no exento de conflictos con las instituciones públicas-, van desarrollando prácticas destinadas a acumular y reforzar el capital político, que pueden invertir en alguna estrategia colectiva para lograr el beneficio accesorio y rentable, a mediano o largo plazo de crear y mantener relaciones con agentes públicos y privados que les permite manejar recursos apreciados (Ibid: 282). La vinculación con los técnicos se constituye como capital social que puede ser movilizado en determinados momentos como fuente de ayuda y acompañamiento, por ejemplo en la gestión de trámites y en las prácticas de resistencia a los ataques de los otros actores que confrontan por los mismos intereses.

Sin embargo, la condición de migrantes etnicados de estos productores les impone un “techo de cristal” que los ubica en lugares de subordinación. En consecuencia, a pesar de la relativa movilidad económica de estas familias, se sigue considerando a los migrantes fronterizos como mercancía subordinada que se manifiesta a través de actitudes raciales y etnocéntricas. El concepto de “minorización” permite explicar cómo algunos atributos como la edad, el sexo o la condición étnica aparecen no solo como diferencia sino como estigma, ya que al naturalizar las diferencias sociales, conforman un sistema de exclusión y dominación que está en sintonía con la expansión del capitalismo (Balibar y Wallestein, 1991 citado por Benencia, 2004).

6- Conclusiones

Las migraciones son una pieza clave en las relaciones desiguales de poder entre los países y además permiten constatar la persistencia de la matriz colonial en el ordenamiento

global. La explotación laboral y la degradación ambiental son componentes intrínsecos a esta fase expoliadora, parasitaria, rentista y depredadora del capitalismo actual, que a su vez entraña una creciente monopolización de la producción, las finanzas, los servicios y el comercio (Delgado Wise y ot, 2010: 6). En el marco de la economía política transnacional, los migrantes se articulan en ciertos mercados de trabajo segmentados por clase, etnia, género, nacionalidad y condición migratoria. Aun cuando ante la falta de alternativas muchos toleran y aceptan condiciones de vida y de trabajo sumamente precarias, su movilidad –que es una necesidad del sistema económico- constituye un problema para los estados-nación, debido a que los territorios socio-identitarios que ellos/ellas construyen, en muchos casos disputan con aquellos construidos por los nativos.

Los factores macro como los meso estructurales moldean las circulaciones territoriales contemporáneas de manera tal que las personas clasificadas como inmigrantes suelen articularse en determinados mercados de trabajo. Se produce entonces una forma particular de segmentación del mercado laboral que asigna a ciertos trabajadores a las posiciones laborales más informales y vulnerables por el hecho de que compartirían un conjunto de características supuestamente innatas debido a su nacionalidad o su condición étnica.

Sin embargo, resulta importante recuperar la categoría de “lugar” en tanto permite observar la multiplicidad de economías y culturas de trabajo donde se inserta el sistema económico global, así como también recuperar los procesos concretos y localizados que materializan los procesos globales (Sassen, 2007:127). La localidad provee el contexto de oportunidades y restricciones en las cuales se insertan los migrantes. Este contexto incluye las condiciones del mercado de trabajo, las percepciones hacia el grupo de migrantes, la presencia o ausencia de otros connacionales. En el caso presentado en esta ponencia, sostenemos que la construcción de un territorio hortícola por parte de familias migrantes recientes en el Valle Medio resulta posible debido a que encuentran un nicho vacío en la producción de bienes que se articulan en el mercado global. Su participación resulta funcional en tanto forman parte de los eslabones más débiles y arriesgados en la cadena productiva.

Las estrategias productivas, laborales y organizacionales que despliegan los migrantes y sus familias son moldeadas por jerarquías raciales y desigualdades socio

económicas. La construcción de identidad de los sujetos en contextos de migración resulta un dispositivo en el intento de buscar “raíces imaginarias para tener un refugio seguro” (Anthias, 2001), en tanto se refuerza el sentido de pertenencia como sujetos étnicos o nacionales en situaciones de segregación. La creación de institucionalidad, materializada en asociaciones culturales y productivas, encuentros deportivos, celebración de fiestas religiosas y patronales entre otras, son manifestaciones de prácticas transnacionales tendientes a hacer visible la “bolivianidad” en situación de migración y de constituir la en un dispositivo eficaz para posicionarse en el campo social.

7- Bibliografía

- ANTHIAS, Floya. 2001. The material and the symbolic in theorizing stratification: issues of gender, ethnicity and class. *British Journal of Sociology*, Vol. 52, Nº 3: 367-390.
- ARJONA GARRIDO, Angeles. y CHECA OLMOS, Juan. 2006. “Economía étnica. Teorías, conceptos y nuevos avances”. En *Revista Internacional de Sociología*. Vol. LXIV, Nº 45.
- AVILA CANTOS, Débora. 2012. El Gobierno de la Diferencia: De las lógicas de gestión de lo social. Tesis doctoral dirigida por Marie José Devillard Desroches, Departamento de Antropología Social, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense, Madrid,.
- BENDINI, Mónica et al. 2005. Análisis participativo del proceso de transformación productiva e institucional en Luis Beltrán. Disponible en página web www.rimisp.org. [consultado el 2 de junio de 2014]
- BENENCIA, Roberto. 2004. “Trabajo y prejuicio. Violencia sobre inmigrantes bolivianos en la agricultura periférica de Buenos Aires”. En *Revista Remi* Vol 20 Nº1. Poitiers.
- BENENCIA, Roberto y QUARANTA, Germán. 2006. “Mercados de trabajo y economías de enclave. La escalera boliviana en la actualidad”. En *Revista Estudios migratorios Latinoamericanos*. Año 20, Nº 60, CEMLA, Buenos Aires, agosto.
- BENENCIA, Roberto. 2006. “Bolivianización de la horticultura en la Argentina”. En Grimson A. y Jelin E. (comp.) *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencias, desigualdades y derechos*. Buenos Aires. Prometeo Libros.
- BESSERER, Federico. 2013. *Micropolíticas de la diferencia en una comunidad transnacional*, En: Alejandro Grimson y Karina Andrea Bidaseca *Hegemonía cultural y políticas de la diferencia* . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO.
- BOURDIEU, Pierre. 2013. *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- CAGGIANO, Sergio. 2008. “Racismo, fundamentalismo cultural y restricción a la ciudadanía: formas de regulación social frente a inmigrantes en Argentina”. En Novick, Susana (comp.), *Las migraciones en América Latina*. CLACSO Coediciones, Buenos Aires, 31-53.
- DELGADO WISE, Raúl; MÁRQUEZ, Humberto y COVARRUBIAS PUENTES, Rubén. 2010. Elementos para replantear el debate sobre migración, desarrollo y derechos humanos, Red Internacional de Migración y Desarrollo, pp1- 31, en www.migracionydesarrollo.org

- DOMENECH, Eduardo (comp.).2005. Migraciones contemporáneas y diversidad cultural en argentina, CLACSO.
- DOMENECH, Eduardo. 2013. “Las migraciones son como el agua”: Hacia la instauración de políticas de “control con rostro humano” La gobernabilidad migratoria en la Argentina, Polis [En línea], 35 |2013, Puesto en línea el 13 octubre 2013, URL : <http://polis.revues.org/9280> ; DOI : 10.4000/polis.9280
- FARET, Laurent. 2010. “Movilidades migratorias contemporáneas y recomposiciones territoriales: perspectivas multi-escala a partir del caso México-Estados Unidos”. En Sara Lara (coord.) Migraciones de trabajo y movilidad territorial. México DF: Porrúa.
- FELDMAN-BIANCO, Bela y GLICK SCHILLER, Nina. 2011. Una conversación sobre transformaciones de la sociedad, migración transnacional y trayectorias de vida. Crítica y Emancipación, (5): 9-42, primer semestre, CLACSO.
- GIARRACCA, Norma (coord.). 2003. Territorios y lugares. Entre las fincas y la ciudad. Lules en Tucumán. Buenos Aires. La Colmena.
- GLICK SCHILLER, Nina y SALAZAR, Noel. 2013. Regimes of Mobility Across the Globe, Journal of Ethnic and Migration Studies, 2013 Vol. 39, No. 2, 183-200
- GUARNIZO, Luis y SMITH, Michael. 1998. “Las localizaciones del transnacionalismo”. En Guarnizo L. y Smith M. (editores) Transnationalism from Below: comparative urban and community research. Traducción del inglés por Susana Marín. Biblioteca Virtual CLACSO. www.clacso.bibliotecavirtual.org.
- GUTIERREZ, Alicia. 2005. Pobre´ como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza. Córdoba. Ferreyra Editor.
- HAESBAERT, Rogerio y SANTA BARBARA, Marcelo. 2001. “Identidade e migração em áreas transfronteiriças”. En Revista GEOgraphia. Revista de Pósgraduação em Geografia. Departamento de Geografia. Universidade Federal Fluminense. Rio de Janeiro. Año III. N°5. Setiembre.
- HAESBAERT, Rogerio. 2004. O mito da desterritorialização. Do “fimdos territórios à multiterritorialidade”. Rio de Janeiro. Bertrand Brasil.
- HERRERA LIMA, Fernando. 2005. Vidas itinerantes en un espacio laboral transnacional. México DF: Universidad Autónoma Metropolitana.
- KLOSTER, Elba y STEIMBREGER, Norma. 2001. “Empresas y territorio. Impacto en el trabajo agrario a partir de un estudio de caso”. Ponencia presentada en el 5º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Agosto de 2001. Buenos Aires. En CD.
- LANDER, Eduardo (comp.). 2000. La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires: CLACSO.
- LARA FLORES, Sara. 2006. “El trabajo en la agricultura: un recuento sobre América Latina”. En de la Garza Toledo E. (coord.) Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques. México D.F: Anthropos/ Universidad Autónoma Metropolitana.
- LE GALL, Julie. 2013. “Hacia un nuevo modelo de abastecimiento de verduras frescas para Buenos Aires? Las transformaciones del complejo hortícola por los bolivianos”. En Carolina Feito (comp.). *Migrantes bolivianos en el periurbano bonaerense. Memorias, producciones, trabajo y organizaciones*. Buenos Aires. Ediciones Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.
- LEVITT, Peggy y GLICK SCHILLER, Nina. 2007. “Perspectivas internacionales sobre migración”. Consultado en página web: www.migracionydesarrollo.org.

- MEZZADRA, Sandro. 2012. Capitalismo, migraciones y luchas sociales. *La mirada de la autonomía*. Revista Nueva Sociedad N°-237, enero-febrero, ISSN: 0251-3552, pp159-178 www.nuso.org
- MOURATIAN, Pedro. 2014. Mapa nacional de la discriminación. - 2a ed. Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo - INADI, Buenos Aires.
- PEDREÑO, Andrés. 2011. “La condición inmigrante del trabajo en las agriculturas globalizadas”. En Sara Lara (coord.) *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva*. México DF: Porrúa.
- PIZARRO, Cynthia. 2012. Discurso racializante y segmentación étnico-nacional del mercado laboral: Trabajadores bolivianos en un cortadero de ladrillos de Córdoba, Argentina. En: Benencia, R., Herrera Lima, F.y Levine, E. (coords.) *Ser migrante latinoamericano, ser vulnerable, trabajar precariamente*: 79-94. Madrid: Universidad Autónoma Metropolitana-Campus Iztapalapa – Editorial Anthropos.
- PORTES, Alejandro. 2005. “Convergencias teóricas y evidencias empíricas en el estudio del transnacionalismo de los inmigrantes”. En *Revista Migración y Desarrollo*. Consultado en www.migracionydesarrollo.org. Primer semestre 2005.
- QUIJANO, Anibal .2000.Colonialidad del poder y clasificación social. En: *Journal of world-systems research*, VI, summer/fall, 342-386.
- SASSEN, Saskia. 2007. Una sociología de la globalización. Buenos Aires. Katz Editores.
- TARRIUS, Alan. 2000. Leer, describir, interpretar. Las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". *Los nuevos hábitos de la identidad*. Relaciones, Vol. XXI, N° 83: 39-66. Consultado en página web el 30 de abril de 2015.
- WALLERSTEIN, Immanuel. 2006. Análisis de sistemas mundo. Una introducción. Madrid: Siglo XXI Editores.